

Don Enrique Alvear

A los 15 años de su muerte, la figura de don Enrique Alvear se hace cada vez más inconfundible. él fue el obispo de los pobres. Así se lo llamó al celebrarse, en 1982, por última vez en la tierra, el aniversario de su consagración episcopal. él mismo confesó: 'He aprendido de la zona oeste a ser pastor, junto a los pobres'.

Don Enrique Alvear **fue obispo entre 1963 y 1982**: tiempo del Concilio Vaticano II y la época posconciliar de Medellín y Puebla. Entonces, la Iglesia vivió una renovación apasionante. Teológicamente en América Latina se insistió en la figura de Jesús histórico que significó también un encuentro con los pobres.

Esto lo tuvo perfectamente claro don Enrique al ser consagrado obispo. Quiso estar rodeado de ellos para decirles: *'Cuando los pobres, en los campos y ciudades de Palestina, andaban errantes, como hijos sin padre, Jesús se llenaba de compasión y se ponía a enseñarles, largas horas. Cuando los veía con hambre multiplicaba el pan..., les devolvía la salud, les devolvía la fe, la alegría de vivir... Y muere por ellos para que resuciten con él.'*

Esa relación de intimidad vivificante de Jesús con los pobres se transmitió a don Enrique hasta llegar a definirlo por completo. Por los campos y ciudades de Chile **se fue encontrando con los pobres**, para repartir con ellos el pan, la salud, la alegría, hasta brindarles su propia 'pascua', como se ha designado entre los suyos su paso a la vida resplandeciente de Dios.

Las enseñanzas del Concilio Vaticano II permitieron que la Iglesia se autocomprendiera cada vez más por su relación al Reino de Dios. Ella no es presentada como un fin en sí misma, sino como un germen y un sacramento al servicio de aquél. Se hizo posible acercar la Iglesia a la historia y cotidianidad de los pobres. Esta tarea la asumió don Enrique especialmente durante los primeros diez años de su vida episcopal como obispo auxiliar de Talca y titular de San Felipe, entre 1963 y 1973. Esta voluntad se advirtió desde un primer momento al desear ser consagrado obispo no en un templo, sino en un gimnasio donde pudiera compartir con los pobres. Don Enrique quería hacer de ese acto, como se lo comunicó al Papa Juan XXIII, *'un mensaje de la Iglesia a la clase obrera..., que las clases populares conozcan cada vez con mayor claridad que la Iglesia está junto a ellas'*.

Desde su llegada a Talca... los pobres de la región lo percibieron más que como un obispo, como un hermano o un amigo. No trajo a los pobres a la Iglesia, sino que él fue donde los pobres.

A la diócesis de San Felipe llegó en 1965 para impulsar la hasta entonces débil presencia de la Iglesia en medio de los campesinos y trabajadores. A poco andar prestó los salones del obispado, en pleno centro de San Felipe, para que la gente constituyera sindicatos o comandos de pobladores. Siempre estuvo presente en la constitución de los asentamientos campesinos tras la expropiación de los fundos a los antiguos patrones.

En medio de la efervescencia social de la época llamó a confiar, sin miedo, en la creación de un Chile solidario. Por iniciativa suya la asamblea plenaria del episcopado, en 1971, cambió su temario para abordar la nueva realidad política del país.

El Cristo solidario. 1974-1982

Durante los últimos ocho años de su vida, y de su vida episcopal, don Enrique logró llevar a una expresión sublime la unión mística de Jesús y los pobres al acentuar la figura positiva del Cristo solidario. En los tiempos más violentos de la administración militar, afrontando las consecuencias trágicas de un mundo que no supo ser solidario, don Enrique Alvear logró hacer patente la cálida intimidad de Jesús con las víctimas del nuevo orden liberal autoritario.

En 1974, el obispo titular de San Felipe renunció a su diócesis para ser obispo auxiliar de Santiago y estar más cerca del **card. Silva Henríquez** y de los pobres de la capital.

Los presos y perseguidos, los muertos y desaparecidos, los obreros y los pobladores sin casa -todas las víctimas del gobierno militar- fueron el centro de su atención. Desde ellos renacía la Iglesia, la evangelización, el amor de Dios. él mismo quiso ser testimonio de ello. Personalmente fue a rescatar a una joven detenida en Villa Grimaldi en 1974. Personalmente descubrió a los desaparecidos de Lonquén en 1978. Personalmente respaldó una toma de terrenos en Pudahuel Sur en 1981...

La solidaridad en todos estos casos, y en muchos más, no era sólo una actitud humanista. Era la señal preciosa de la intimidad espléndida de Jesús con los pobres. En 1979 le dijo orgulloso al Papa Juan Pablo II que su principal logro

como obispo había sido incorporar la solidaridad como parte de la evangelización. Como lo percibió muy bien tras su apoyo a la gran huelga de hambre por los desaparecidos en 1978, era indispensable vivir su cristianismo en una intimidad amorosa y liberadora de los pobres.

El testamento pastoral de don Enrique Alvear fue su carta '**Desde Cristo solidario construimos una Iglesia solidaria**', de marzo de 1982. Sistematizando la experiencia de múltiples iniciativas cristianas de base, y de organizaciones populares en general, don Enrique recogió los momentos del único proceso histórico que dinamizaría a la Iglesia y al mundo: la **solidaridad espontánea, organizada y amplia con los pobres de Chile**.

Cuando en 1979 se realizaron los funerales de las víctimas de Lonquén, el obispo auxiliar de Santiago logró sacudir a un pueblo indignado y dolorido con estas palabras: *'Vuestra tristeza se convertirá en gozo... (Cristo) no viene a eternizar la muerte y el dolor. Viene a vencerlos. él es Vida y viene a dar vida...'* Días antes de su 'pascua' le escribió la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos: 'Tan solo con decir su nombre nuestro corazón palpita de alegría y se nos llena de una cálida dulzura... Gracias, monseñor, por lo que nos ha entregado, por lo que nos ha enseñado, gracias por ser tan maravillosamente terrenal.' ('Mensaje' n. 421)

Revista Umbrales, octubre de 1997